

Arriba en mi barrio comenzó la fiesta¹

*Carlos Alberto Barzani**

Resumen

El autor parte de señalar la insuficiencia de categorías tales como “adicto” y “toxicómano” en el trabajo clínico con jóvenes usuarios de drogas. Con este fin propone ubicarse desde una perspectiva bifronte. Por un lado, las vicisitudes de la novela personal que llevan al sujeto a un modo particular de lazo con un objeto; y por otro, el contexto sociohistórico en el que el psicoanalista desarrolla su práctica.

Toma un recorte de su experiencia clínica con jóvenes que participan de la versión porteña de las *raves* o fiestas de música electrónica. Sitúa a la fiesta como una institución social y realiza una articulación con la peculiaridad de las fiestas de música electrónica.

Asimismo pone de relieve el fuerte estado de vulnerabilidad subjetiva que implica el periodo categorizado como juventud y la función de inscripción grupal y de soporte de la angustia que cumplen determinados ritos armados en situación. Aborda la viñeta clínica desde una perspectiva que permite examinar críticamente conceptos que se utilizan para abordar la temática de las adicciones.

Palabras clave: drogadicción, juventud, psicoterapia, música.

¹ Una versión abreviada de este trabajo fue publicada en *Revista Topía*, Buenos Aires, año XV, núm. 45, 2005.

* Psicólogo y psicoanalista [carlosbarzani@yahoo.com.ar].

Abstract

The author points that is not a precise category such as “addict” and “toxicomanie” in the clinical work with young people who consume drugs. According to, he sets up a bi-front perspective, one is the personal story that takes the subject to a particular relation with the object drug; and on the other hand, the social historical context, in which the psychoanalyst develops his practice.

In order to give an example, the speech therapist shows that the young people, who are fond of going to raves or electronic musical parties, are included in a particular social institution; the raves, which contend them.

At the same time, the author underlines the special stage in the human life, the youth, and the importance of being included in a group to support the structural anguish.

This article tries to examine the concepts used to approach the theme of addictions.

Key words: drog abuse, young people, psychotherapy, music.

De adicciones, toxicomanías y consumos...

...tales son algunos de los términos que se utilizan para designar un campo de problemáticas sumamente heterogéneo. Distinguirlos no se trata de una simple exquisitez lingüística, sino que la forma de nombrar la temática y a los sujetos que sufren un problema relacionado con el uso de drogas nos habla más de quien emite el enunciado, que del enunciado mismo.

En efecto, se trata de categorías descriptivas provenientes de campos semánticos pertenecientes al habla popular, policial, jurídica y/o psiquiátrica; con lo que se corre el riesgo de estigmatizar,² delinquir,

² El “estigma” es un atributo que no forma parte de los considerados, en una sociedad dada, como esperables y naturales en determinada categoría de sujeto, haciendo que el que lo posee, adquiera el estatus de “diferente” y se genere un profundo efecto desacreditador sobre su persona (Goffman, 1963:12-13). Dicho rasgo se impone a la atención por sobre el resto de sus atributos convirtiéndose en definitorio del sujeto.

judicializar³ y/o psiquiatrizar prácticas que al menos desde el psicoanálisis no conciernen de ningún modo a tales órbitas. El lugar en la subjetividad puede recortarse desde la singularidad del sujeto. Lo cual, por otra parte, el presente artículo aspira, entre otras cosas, a demostrar.

Efectivamente, tales categorías carecen de referencia a estructuras clínicas no menos que resultan insuficientes a fin de recortarse sintomáticamente. Menos aún, establecer un correlato entre las mismas si se toma en consideración que, por ejemplo, quien consume no necesariamente ha de ser un adicto.

En este sentido, una forma de “exorcizar” los prejuicios es ubicarnos desde una perspectiva bifronte. Por un lado, las vicisitudes de la novela personal que llevan al sujeto a un modo particular de lazo con un objeto; y por otro, de forma inseparable, situar el contexto socio-histórico en el que se desarrolla nuestra praxis. Desatender la pregnancia de las prácticas sociales e históricas puede resultar, tanto epistemológica como éticamente, tan demonizante como recluir sus efectos en meras manifestaciones individuales. En otros términos: el mito social de ningún modo alcanza a cubrir la *novela familiar* (Freud, 1909) y, menos aún, el *mito individual del neurótico*.⁴

Desde el recorte sociohistórico es preciso establecer que la cultura, en tanto institución, emerge de un malestar a fin de conjurarlo, lo que desata la paradoja de generar nuevos malestares (Freud, 1921). Algunas subculturas resultan funcionales a esas “fallas” dándoles espacio simbólico y abrigo imaginario. En el caso de la ingesta de sustancias proscriptas por la ley, las subculturas abrevan en la constitución de una subjetividad en la que la adicción es

una posibilidad siempre dada desde ya. La percepción de una subjetividad adicta no se preocupa aquí por la realización coyuntural de las tendencias adictivas sino por la constitución misma de esa posibilidad. No interesan aquí entonces las causas coyunturales que

³ Cfr. Barzani (2004) donde se trabajan algunos efectos de la judicialización y fetichización del objeto droga.

⁴ Cfr. E. Carpintero, “Todo síntoma debe ser entendido desde la singularidad de aquel que lo padece. Pero también en todo síntoma vamos a encontrar una manifestación de la cultura” (2003:3).

empujan a la droga sino las que producen una subjetividad amenazada de caer en adicción (Lewcowicz, 2000).

Así, parte del objetivo de este trabajo es demostrar la insuficiencia de las categorías supra mencionadas, en el trabajo clínico con jóvenes usuarios de drogas. Tomaré como ejemplo un recorte de mi experiencia clínica con jóvenes que participan de la versión porteña de las *raves* o fiestas de música electrónica.

Qué fantástica esta fiesta

La palabra *fiesta* proviene del latín *fiesta*, plural de *festum* que significa “alegría”, “celebración”, “diversión”, “comunión”. Ya en *Tótem y tabú*, Freud puntualiza que una fiesta es un exceso permitido, más bien obligatorio y reglamentado, “la violación solemne de una prohibición”. Pero el exceso no depende del estado de ánimo gozoso de quienes participan de ella, sino que está en la esencia de la fiesta; y la alegría es producida por la libertad de realizar lo que en tiempos normales se halla rigurosamente prohibido. En ella se da libre curso al desenfreno de las pulsiones quedando permitidas las satisfacciones parciales (Freud, 1913:142; 1921:124). Sin embargo, la fiesta no sólo es el lugar del regocijo, del permiso y la alegría, es también el espacio y el tiempo de la angustia y el vacío (Freire, 2004:18). Así concebida, la fiesta surge al modo de una institución social cuya naturaleza es compleja, extraordinaria y paradójica. Se define en oposición dialéctica con lo rutinario y la vida cotidiana; soporta la paradoja al mezclar en un guión, no exento de tensión, el rito y el juego, la ceremonia y la diversión, el respeto a la tradición y la espontaneidad, lo espiritual y lo corporal, lo íntimo y lo público. Mediante ella se expresa y afirma una dimensión clave de la existencia comunitaria que pone en juego los más diversos registros de la vida social: tiempo sin tiempo, suspendido en la embriaguez gozosa y la ilusión de completud, extraordinaria y a la vez cíclica y repetitiva. Hoy por hoy las *raves* son fiestas multitudinarias que convocan a personas que comparten características que hace que se las haya denominado *dance culture* (cultura del baile) (Romo, 2003).

Nuevas tecnologías, música y drogas de diseño son algunos de los elementos centrales en la “cultura dance”. Un gran porcentaje de la música se trata de grabaciones de *Djs* (*disc jockeys*) que se caracteriza por un continuo uso de remezclas. Suele ser repetitiva y elaborada a partir de una simple melodía que, mezclada con sintetizadores y secuenciadores, se reitera una y otra vez con ligeras variaciones. Las letras, cuando las hay, son sencillas, girando preponderantemente en torno a temas sexuales y/o relacionados con la temática de las fiestas y de las drogas,⁵ lo que las torna autorreferenciales. En contraposición a la movida del rock y otras corrientes musicales, las letras no tienen una intencionalidad contestataria ni de protesta, repiten estribillos y frases ocurrentes y/o divertidas; lo más importante es el ritmo, la cadencia y su motivación para bailar.

Las fiestas tienen como característica específica su duración, ya que no sólo se hacen hasta la mañana, sino que continúan en otros lugares. En Buenos Aires estos lugares se han popularizado con el nombre “*after*” (*after-hour*). Pero la fiesta tampoco termina allí, ya que con frecuencia continúa en otras locaciones. En algunos casos las “*giras*”⁶ comienzan los días miércoles y terminan los domingos por la noche.⁷ No hay un

⁵ Veamos, por ejemplo, el recorte de un tema de Chimo Bayo, que junto al título, registra el nombre del Dj que realizó la mezcla: *Así me gusta a mí (Tom Tom Remix)*:

Exta sí, exta no / Exta sí, exta no / Exta sí, exta no / Exta sí, exta no / Esta me gusta / Me la como yo / Si la conoces / Te gustará / Porque es la bomba / Que va a estallar / No tiene pegas / Porque es genial / Así, me gusta a mí / Así, me gusta a mí / Así, me gusta a mí / Así, me gusta a mí / Exta sí, exta no / Exta sí, exta no / Exta sí, exta no / Exta sí, exta no.

⁶ “Irse de gira”, “enfiestarse”, o “*bingeing*”, en diferentes países significa, en todos los casos, continuar consumiendo día y noche hasta terminar con la cantidad de sustancias de que se dispone, o salir en su búsqueda si se tiene conocimiento de dónde conseguir una cantidad adicional.

⁷ He aquí otro tema musical que transmite el clima de la fiesta y corrobora lo que cuenta Leandro:

(...) *Viva la fiesta*
Viva la fiesta
!Maldición! Ya es domingo y esto cierra,
Todo el mundo a la nave nos volvemos a la tierra
4 días, nos separan de otra fiesta,
son de lunes hasta el jueves los días que más apestan
Volveremos, por la fiesta, te lo juro,
lo prometo por los surcos de los plásticos más duros

intervalo de separación entre dos “fiestas”, se trata de una sola fiesta que se extiende provocando la ilusión de desaparición de los espacios “vacíos”. Nada de vacío para evitar la emergencia de angustia.⁸ El éxtasis⁹ y la música otorgan la sensación de un cuerpo común que baila, todos los cuerpos se mueven y se contornean al mismo ritmo; “todos sentimos lo mismo”, afirma Leandro, un joven de 20 años asiduo partícipe de las *raves*. Por un lado el efecto de masa donde se disuelven las diferencias y se acentúan las identificaciones a un ideal; por otro la mixtura de música, luces y drogas de diseño que proporcionan el catalizador que confluye en el ritmo maniaco.

No se trata tanto del efecto farmacológico que el éxtasis produce, sino más bien del significado que tiene para algunos jóvenes que participan de esta cultura¹⁰ (efecto de masa). Asimismo, Leandro y sus amigos piensan que “los que ‘pertenecen’, consumen todos” (identificación). O tal vez se podría afirmar que para pertenecer hay que consumir, el que no consume no se divierte de la misma manera, no puede pertenecer al grupo “vip”, “no es igual” (manía). Nada de vacío, nada de diferencia; que lleva a la in-diferencia. “Si alguien se desmaya o se cae al piso, nadie le da bola, todos se corren y siguen en la suya; a veces me da miedo que me pase algo y me dejen ahí tirado” (depresión como destino).

Es preciso poner de relieve el fuerte estado de vulnerabilidad subjetiva que implica el periodo categorizado como juventud. La vulnera-

*más potencia, pide pista, que despego,
¡ponte en órbita en las fiestas fiestas fiestas fiestas locas como ésta!
¡sensible! ¡a volar!
¡vi vi viva! viva! vi vi viva la fiesta!*

⁸ Aquí la “fiesta” pierde la condición de extraordinaria y se transforma en algo del orden de lo rutinario, entrando en contradicción con una cualidad definitoria de la misma.

⁹ Aquí con *éxtasis* se está haciendo referencia no al sentimiento oceánico al que alude la mitología, sino al MDMA, una droga sintética estimulante que aumenta el estado de alerta (reduce la fatiga), aumenta la concentración, disminuye el apetito y aumenta la resistencia física. Otros efectos esperados son, una sensación de bienestar y un alto grado de empatía.

¹⁰ Según Comas Arnau (1986), los efectos de determinada droga dependen de tres factores variables: 1. la dosis, presentación y pureza, 2. las condiciones subjetivas de la ingestión, y 3. las expectativas del sujeto, es decir, el efecto deseado. Estas expectativas en relación con sus posibles efectos están codificadas culturalmente y poseen determinada eficacia simbólica (Lèvi-Strauss, 1949b).

bilidad está ligada a la necesidad de que haya un otro adulto que salga al encuentro del desafío. Este otro es imprescindible que no resigne su función, que pueda ofrecerse para confrontar, disentir, de lo contrario la rebelión ya no tiene sentido. “En términos del juego, o del juego de la vida, se abdicar en el preciso momento en que ellos vienen a matarlo a uno” (Winnicott, 1971:188).

Costa, Pérez y Tropea (1996:128-129) en su libro *Tribus urbanas* sostienen que el espacio ocupado por la tribu le permite la oposición simbólica de un “afuera” y de un “adentro” que ayuda a la *(re)construcción de una identidad*, creando dos identidades: la propia y la ajena. Para Leandro quedan siempre claramente situados dos grupos contrapuestos: los *limados*¹¹ y “los que no entienden nada”, los boludos y los sanos, los que pertenecen al grupo Vip y los que no, los importantes y los desconocidos. Aquí es preciso señalar que los “limados” y los “que no entienden nada” son dos mitades exogámicas de la misma tribu que, al modo de los primos, lejos de estar prescriptos, están prohibidos (cfr. “Narcisismo de las pequeñas diferencias”, Freud, 1929). En tanto estación final de un paraíso infantil que prescribe, la *rave* reproduce esa dicotomía dentro/fuera que se arrastra del narcisismo primitivo y que en la fase adolescente se recicla con las tecnologías químicas y electrónicas de la época.

Los ritos, en tanto prácticas regladas, cargadas de densidad simbólica que habilitan un pasaje, han sido históricamente concebidos como núcleos de inscripción de la subjetividad. No obstante, existe una diferencia entre los ritos transmitidos de generación en generación y los ritos armados en situación. Mientras que los primeros inscriben al sujeto en una genealogía o en una cadena generacional, los últimos cumplen una función de inscripción grupal, filian a un grupo. Marcan formas compartidas de vivir un espacio y un tiempo que es puro presente; confieren una identidad común en las precisas y duras fronteras del grupo. “Estos ritos tienen en común la invitación a habitar de otra forma la condición de la exclusión de la sociedad de los adultos, me-

¹¹ Para Leandro, “limarse” es “consumir de todo, hasta que se te termine la plata o hasta que el cuerpo no dé más”. También se dice “estar puesto”, “estar quemado”, “estar sacado”, “estar dado vuelta” o “estar re-loco”. El término no es unívoco ya que “estar limado” también se utiliza para referirse a la locura.

diante una serie de códigos de pertenencia que arman la configuración de un nosotros” (Duschatzky y Corea, 2002).

Vuelvo vencido a la casita de los viejos

“Todo empezó hace cuatro semanas, cuando les conté a mis viejos que estaba consumiendo pastillas (éxtasis)”. “Empecé a consumir cuando terminé la secundaria y empecé a ir a los boliches”. De este modo se presenta Leandro ya desde la primera entrevista. El pedido de tratamiento gira en torno al instante en que Leandro les cuenta a sus padres; *no* por el consumo de drogas. Es un deslizamiento del *acting* a la palabra. A la consistencia imaginaria del consumo el inconciente impone la declaración ante los padres en el lugar de la causa. Lo confirma un dato aportado al poco tiempo: el inicio de su consumo coincide también con un episodio supuestamente “depresivo” de su madre, Olga. Esta situación provoca que Leandro permanezca viviendo solo en casa de sus padres y que éstos se muden a una casa de fin de semana a casi cien kilómetros de la ciudad de Buenos Aires.

Lejos de situarse en el conflicto desatado en el espectro familiar, la demanda de Leandro es la de legitimar *actings* y sintomatizaciones: “Me gustaría seguir saliendo, pero sin consumir; pero no pude”. “La única forma que encontré para no consumir es no salir” [...] “Mi expectativa es seguir yendo a los boliches, pero no consumir”.

Sin atender la contradicción, Leandro plantea que cuando va a bailar y no consume siente que tampoco se va a divertir. “Cuando veo a mis amigos me genera la sensación de que se están divirtiendo más que yo”. “La verdad es que si esto no me generara daño no lo dejaría”. Su modalidad de consumo está ligada a los espacios de baile. Los viernes sale a bailar y la fiesta continúa hasta el domingo a la noche sin dormir (boliche, *after*, *after-after*, quinta, boliche nuevamente, etc.).

“Toda la semana trabajaba pensando en el fin de semana, odiaba el trabajo”, Leandro trabaja en un negocio con el padre haciendo tareas manuales y administrativas.

Leandro describe a su padre –Antonio– como un tipo “honesto y *demasiado* bueno” (¿buenudo? Tal vez ese *demasiado* indica el lugar de

un *plus* de goce). Se queja de su falta de autoridad en el negocio: “Tiene una relación de *demasiada* confianza con los empleados, cuando hacen algo mal me lo reprocha a mí y me pregunta por qué permití eso”. Según recuerda Leandro, la relación del padre con la madre era similar. Antonio llegaba al hogar y le reprochaba a Olga diversas cuestiones que hacían al comportamiento de Leandro y sus hermanos, “pero la que se ocupaba de ponernos los límites y hablar con nosotros era mi mamá”. “Siempre que tenemos que decirnos algo lo hacemos por intermedio de mi vieja.” Va cobrando figura de que se trata de una familia donde la actuación se encuentra naturalizada y la palabra eventualmente monopolizada por la madre a los fines estrictamente proscriptivos.

Leandro critica la relación de su padre con el trabajo mencionando que trabaja *todo el tiempo* y que para él, incluso salir a pasear con su esposa es *perder el tiempo*. El hermano mayor de Leandro dejó de trabajar con él porque “no aguantó su forma de manejar el negocio”.

El presunto episodio depresivo de su madre parece estar vinculado al manejo de Antonio a nivel laboral. El negocio está ubicado en forma contigua a la casa y hasta hace dos años Olga trabajaba en la parte administrativa y contable, tarea en la que fue relevada por Leandro, señala la versión de la madre, piedra de toque del mito familiar al que Leandro se encuentra afiliado edípicamente. Este rasgo traza un puente que le habilita el acceso a la construcción de la novela familiar.

Llegó un momento, aduce Leandro acaso repitiendo la versión oficial establecida por su madre, que no había separación entre el negocio y la casa, no sólo espacialmente, sino, además, temporalmente. Se recibían llamadas de clientes en el teléfono particular hasta avanzada la noche. Hace dos años, luego de las vacaciones, Olga decidió quedarse a vivir en la casa de fin de semana.

Leandro relata varias situaciones de discusión con su padre que lo compelen a la acción.

En general comienzan con un pedido de su padre al que Leandro no puede cuestionar. Leandro lo obedece, pero su nivel de angustia se eleva hasta que “estalla” a través de un golpe, que en una oportunidad le produjo una fractura en una mano, y otra en que salió con un auto, que no estaba en buenas condiciones mecánicas, a más de 150 km/h por una autopista con riesgo de accidentarse. La interdicción del padre

paraliza a Leandro de tal modo que lo extrae del campo de la palabra, lo deja mudo, lo expelle a la actuación, acaso a la manía.

Leandro relata que tiene dificultades para generar vínculos con personas diferentes a él. “Con personas diferentes a mí me aburro, siento que son inferiores, aburridos”. “La otra vez me puse a pensar que con mis amigos *siempre* hablamos de lo mismo, me replanteé que quiero estar con gente diferente”. Contradicción, paradoja; ¿acaso una solución de compromiso?

Recuerda que comenzó a consumir para sentirse importante: entra al boliche y lo conocen todos, logra pertenecer al grupo Vip y con estos amigos sólo habla de la diversidad de las pastillas que toman.

Se le pregunta sobre el efecto buscado: “Cuando las tomé por primera vez dije: ¡uy!, esto es lo que necesito para poder divertirme, saltar, bailar y durar toda la noche”. El grupo “más” Vip es el que más tiempo aguanta, “los más limados”, algunos comienzan la gira el miércoles y terminan el domingo. De todos los que están en el boliche llegan a la fiesta del domingo nada más unas cien personas. Negación de la situación familiar: a la vez que la suprime, la conserva.¹² En lugar del negocio, las fiestas; en vez de hablar *todo el tiempo* de cómo trabaja su padre, de cómo se bajonea su madre, o de cómo papá y mamá se fueron a la quinta y lo dejaron solo, bailar, saltar, tomar y hablar *todo el tiempo* de las pastillas.

La fiesta es el campo fértil donde desarrollar los síntomas, sumado a una suerte de identificación-masa y/o una identificación al síntoma (pastillas, manía: lo que sea para –literalmente– encandilarse y aturdirse). Lo que en última instancia se deniega es que los padres están separados por más que digan otra cosa.

A esta altura podría traducirse su presentación en la primera sesión: *todo empezó cuando en Leandro parece vacilar el mito familiar y comienza a hablar*.

“Antes también pensaba que los que estaban en el otro bando eran estúpidos. Cuando no me drogaba pensaba que los que se drogaban no entendían nada, y cuando empecé a drogarme pensaba que los que

¹² *Aufhebung*. En alemán este término significa a la vez negar, suprimir, pero también conservar en la supresión (Hyppolite, 1954:860).

no se drogaban eran unos boludos. Siempre desvaloricé a los que no son como yo”.

Cuenta que consumió “de todo” y que su mejor amigo asevera que ambos son “re-limados”. “Probamos éxtasis, ketamina,¹³ marihuana, el que conseguía alguna pastilla nueva la compartía con el otro”. Cuando menciona ketamina queda tomado por el disgusto, al preguntarle por ese gesto refiere que esa droga sí que es adictiva y que le tiene miedo. Y que además, cuando consumía ketamina después no se acordaba de nada de lo que había pasado esa noche. Sólo se acordaba de algunos flashes de la noche. “Por suerte, ya no consumo más keta”.

¿Se puede afirmar que Leandro es un adicto o un toxicómano?

El lazo del toxicómano o el adicto con la droga aparece sobre el doble signo de la necesidad y la exclusividad, es decir, “la droga se ha convertido en el objeto exclusivo de un placer necesario” (Auglanier, 1979:203). No es la situación de Leandro, para quien introducirse en la cultura del *dance* y del éxtasis le permite la salida o la transición a la exogamia y el apuntalamiento en un grupo, una “madre-tribu” en un momento en que su grupo familiar primario lo deja literalmente solo. En efecto, Leandro pierde el objeto soporte de su angustia, su madre, y lo encuentra en la tribu. La madre-tribu le permite soportar la angustia. Paradójicamente, el grupo, al mismo tiempo que le permite salir, repite una estructura idéntica.

Se me olvidó que te olvidé

Luego de seis meses de escuchar a Leandro, falta por primera vez a la sesión. La semana siguiente refiere que no concurreó por haberse olvidado. “Me olvidé que era jueves”. Dice no entender la razón¹⁴ del

¹³ Sustancia, que se utiliza como anestésico para uso veterinario. Bloquea el sistema nervioso sin deprimir el sistema respiratorio ni el circulatorio. Efecto esperado: una sensación de que la mente ha sido separada del cuerpo. El tacto es excepcional y supersensorial; esto crea alucinaciones y experiencias “fuera del cuerpo” de dos a tres horas.

¹⁴ “Hay más razones entre el cielo y la tierra, que las que sueña tu filosofía, Horacio” (Hamlet, acto I, escena XIII).

olvido y tampoco se le ocurre nada al respecto. Se le sugiere que cuente lo que pasó en esos quince días. Relata que el fin de semana posterior a la sesión se sintió desganado, bajoneado y que estuvo esperando ansiosamente el momento de la sesión. Compara el efecto que le produce la sesión con el de las pastillas. “Me gusta venir, porque siento que salgo ‘re-bien’, que me dedicué a pensar en mí. El *efecto* me dura hasta el lunes o martes”. Lleva el síntoma al espacio analítico: repite sin repetir, hace otra cosa con la repetición, pasa del acto a la palabra, utiliza la jerga de la tribu a fin de referenciarse en otro universo discursivo y se lo apropia.

En cuanto al motivo del olvido parece estar en la sesión previa: ese día contó que en una fiesta sintió que no se estaba divirtiendo y que no se iba a divertir; cuando compró la pastilla y la tuvo en su bolsillo se empezó a divertir y a bailar como si la hubiese tomado. Se ubica que, entonces, no era sólo el efecto químico lo que lo hacía “divertirse”. Se pone al descubierto algo de la contingencia del objeto, entonces, no era la pastilla...

Asimismo, el día posterior a la “sesión olvidada” Leandro va a una fiesta y vuelve a consumir éxtasis. Asocia que tal vez, de haber concurrido a la sesión, no habría consumido. Si bien en estos primeros meses Leandro había manifestado querer dejar de consumir, a partir de este momento se manifiesta en su discurso una actitud ambivalente respecto del consumo. Algo se agita en la transferencia: en lugar de dejar de consumir, deja de asistir a la sesión; luego, retorna al éxtasis y también al análisis.

Por un lado dice: “En realidad, quiero dejar de consumir por mis viejos, me di cuenta que a mí me encanta el efecto de las pastillas”. Al rato agrega: “quiero dejarlas porque sé que me están trayendo problemas de salud y empecé a preocuparme”. Escisión del yo: ambas proposiciones son compatibles en el proceso defensivo.

La sesión siguiente dice que se quedó pensando en si estaba haciendo el tratamiento por él o por su familia y que llegó a la conclusión de que venía por él mismo. Recuerda, además, que fue él quien decidió contarle a su madre sobre el consumo de pastillas porque sintió que se le estaba yendo de las manos. Así, en forma invertida plantea algo del

orden de la verdad: “si dejo de consumir por mis viejos es porque comencé a consumir por ellos”.

Como se mencionó anteriormente, podría ubicarse la demanda de tratamiento en la frase “cuando le conté a mis viejos...”, que ahora resulta que es a la madre y en el episodio del olvido la instalación de la transferencia.

“Es posible modificar la economía pulsional de un sujeto feliz en el momento en que el analista toma el lugar de la sustancia. Todo comienza en el momento en que el paciente siente la falta del analista” (Zuccardi, 1993:64). Que el analista tome el lugar de la sustancia permite que éste se convierta en el objeto a través del cual llega la desilusión.

El juego de presencias y ausencias de Leandro, fiel a su presentación subjetiva, es ambivalente. Cuanto más siente Leandro la necesidad del objeto analista, se ausenta, falta. Al mismo tiempo demanda una sesión más a la semana (“el efecto de la sesión me dura hasta el lunes o martes”).

Lèvi-Strauss explica la eficacia de las curas chamanísticas por la confluencia de la creencia del enfermo y la del curandero; pero lo relevante es que ambas están fundadas y sustentadas por la comunidad que rodea al hechicero y que comparte una serie de creencias y de representaciones comunes; estos tres elementos indisociables –enfermo/chamán/grupo– constituyen el “complejo chamanístico” (Lèvi-Strauss 1949a:162). Si se canjea chamán por éxtasis y/o sustituto, donde el espacio tribu/extasis/Leandro y luego, colectivo social/analista/analizante, *mutatis mutandis*, al mismo tiempo que opera como idóneo albergue de la novela parental a través de las identificaciones y la instalación de la transferencia, aporta una vía sustitutiva donde el discurso puede derivar. Asimismo el espacio analítico se transforma en un espacio que le permite elaborar la angustia a través de la palabra.

Pertenecer, ¿tiene sus privilegios?

El recorte que presenté aquí procura ilustrar que no se trata de un sujeto que ha quedado esclavizado del objeto de goce: la droga no aparece como único objeto posible frente a una angustia inconcebible que se hace presente ante la imposibilidad de construir una trama significante. En efecto, para la economía libidinal de Leandro el éxtasis no constituye el objeto exclusivo de un placer necesario.

En el plano sociohistórico Leandro encuentra en la fiesta un ámbito propicio donde vehiculizar su fantasmática; halla una institución que lo cobija en el seno de un ritual de situación con sus propios ceremoniales y códigos. El éxtasis tiene cualidades de objeto idolatrado por su grupo de pertenencia, objeto que iguala, que desdibuja las diferencias, que anula el vacío. Pero no sólo eso. Para Leandro también constituye un objeto al que teme y que rivaliza con otro ideal, su salud y el cuidado de su cuerpo. Una hipótesis auxiliar sería que este ideal de cuerpo sano impidió que el objeto éxtasis se erigiera en objeto de consumo único y exclusivo.

Contrariamente a la investigación realizada por Mac Nally *et al.* (1993) donde ubicaron la temática de la trasgresión en un lugar destacado para jóvenes consumidores de clase media, Leandro no sostiene un discurso reivindicativo, de lucha, ni se ve atacado por la sociedad, ni tampoco otorga un valor particular a la figura de la trasgresión; en este sentido, lo que tiene un valor para Leandro en tanto sujeto joven es divertirse y “pertenecer”.

En el plano subjetivo, el consumo de pastillas se perfila como un síntoma más que resulta de una solución de compromiso con la que escapa de la fantasmática familiar, sumamente angustiante, por el lado de la manía a la que lo impulsa la identificación al padre, tal vez sumada a la de la madre por su antítesis complementaria, la depresión. En ese trayecto, podría decirse que se halla sumido en una paradoja: por un lado, la sumatoria fiesta más droga le habilita una opción exogámica en una situación de endogamia expulsiva; por el otro, esa misma sumatoria pasa a constituirse en una situación identificatoria múltiple (comenzando) por el lado del padre, para quien el negocio constituye su propia droga o su propio “baile” (el padre trabaja *todo el tiempo* y le

reprochan que se mueve mucho, *demasiado*, pero no es efectivo). Podría armarse la siguiente formulación canónica: el éxtasis es a Leandro lo que el trabajo es al padre. Acaso, también, lo que el personaje (el semblante) depresivo es a la madre; que, sea tal o no, resulta funcional ya que cada uno es compulsivo con su objeto: éxtasis/fiesta –negocio– “depresión”. Como se sabe, las manías –la de Leandro, la del padre– son correlatos de la depresión, al fin y al cabo salidas de la angustia junto con la fantasía. Precisamente esto es lo que el éxtasis oferta: fantasía, compulsión, manía.

Leandro tampoco se hace representar con un solo significante, “soy adicto”, o “soy *raver*”, sino que se presenta con un problema: “todo empezó cuando dije que estaba consumiendo pastillas”: un problema *para* los padres, el problema *de* los padres.

Bibliografía

- Auglanier, P. (1979), *Los destinos del placer. Alienación, amor y pasión*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Barzani, C. A., “El valor de las paradojas en el psicoanálisis y las toxicomanías”, *Revista Topía*, año XIV, núm. 41, Buenos Aires, agosto de 2004, pp. 13-14.
- Carpintero, E., “La subjetividad del idiota plantea la pregunta ¿Cómo inventamos lo que nos mantenía unidos?”, *Revista Topía*, año XIV, núm. 40, Buenos Aires, abril de 2004, pp. 2-3.
- Comas Arnau, D., “Uso de drogas: del paradigma Lewinianiano al nuevo rol de las expectativas simbólicas”, *Jano*, vol. XXX, núm. 7113-núm. 4 Medicina y Humanidades, febrero de 1986.
- Duschatzky, S. y Corea, C., *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Paidós, Tramas Sociales, Buenos Aires, 2002.
- Donghi, A. y L. Vázquez (comps.), *Adicciones: una clínica de la cultura y su malestar*, JVE, Buenos Aires, 2000.
- Freire, H., “Al rescate de la fiesta”, *Revista Topía*, año XIV, núm. 40, Buenos Aires, abril de 2004, pp. 18-19.
- Freud, S. (1905), “Tres ensayos de teoría sexual”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, 24 tomos, t. VII, pp. 109-222.
- (1909), “La novela familiar de los neuróticos”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, t. 9, pp. 213-220.
- (1912), “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Contribuciones a la psicología del amor, II”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, t. XI, pp. 169-184.
- (1913), “Tótem y tabú”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, t. XIII, 1-164, cap. IV.
- (1921a), “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, t. 18, 63-136, cap. VII y XI.
- (1926), “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, t. XX, pp. 165-244.

- Goffman, E. (1963), *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- Hyppolite, J. (1954), “Comentario hablado sobre la *Verneinung* de Freud”, en J. Lacan, *Escritos II*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1997, pp. 859-866.
- Lacan, J. (1953), “Poesía y verdad. El mito individual del neurótico”, *Intervenciones y textos*, Manantial, Buenos Aires, 1991.
- Levín, A., “La incertidumbre de los jóvenes y el riesgo país”, 2005, inédito.
- Lèvi-Strauss, C. (1949a), “El hechicero y su magia”, *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, cap. IX.
- (1949b), “La eficacia simbólica”, *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, cap. X.
- Lewkowicz, I., “Subjetividad adictiva: un tipo psico-social instituido. Condiciones históricas de posibilidad”, en A. Donghi y L. Vázquez, 2000, pp. 61-70.
- Oriol Costa, P.; J. Pérez Tornero y F. Tropea, *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Paidós, Barcelona, 1996.
- Romo Avilés, Nuria, “Reducir riesgos desde la perspectiva de género: usuarias de drogas de síntesis en la fiesta”, 2003, s.d.
- , “Tecno y baile. Mitos y realidades de las diferencias de género”, *Revista Estudios de Juventud*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, vol. 64, Madrid, 2004, pp. 111-116.
- Winnicott, D. (1971), *Realidad y juego*, Gedisa, Barcelona, 1996, cap. XI.
- Zuccardi Merli, L., “Sustancia, sujeto, acto analítico. Las patologías de la sustancia: bulimia y toxicomanía”, *Revista Registros*, año 8, tomo Mental, 1998, pp. 62-64.